

# Carta abierta a mis ahijados pedagógicos

**Q**ueridos alumnos y alumnas: hace algunos años recibí del Ministerio de Educación de la provincia de Mendoza el nombramiento de Padrino Pedagógico de vuestra escuela. Un magnífico director que tuvo, llamado Horacio Muños, ingeniero de formación y converso a la tarea educativa, me propuso que asumiera esa preciosa responsabilidad. Era para mí un honor inmerecido, pero acepté encantado. Tengo delante la Resolución 00794 de la Dirección General de Escuelas del Gobierno de Mendoza fechada el día 24 de septiembre de 2002.

Un día visité vuestra escuela y delante de los profesores y profesoras y de otros compañeros vuestros tomé posesión del cargo y planté un árbol del paraíso en el patio. Un árbol que es un hermoso símbolo del crecimiento silencioso y constante. Un árbol que supongo seguirá creciendo con vuestros cuidados, a pesar de las plagas y de las tempestades.

Sé que vuestra escuela es humilde y pequeña, pero sé también que está llena de vida. Aún recuerdo la emoción de aquel acto en el patio, un acto en el que honramos la bandera y cantamos el himno de la nación argentina.

Aquella hermosa y soleada mañana me acompañaba el escritor argentino Enrique Mariscal, que dejó constancia del acto en el último capítulo de su libro *Cuentos para regalar a las personas que más quiero*. Un capítulo que se titula *Fiesta*, en el que dice lo siguiente: "Horacio Muños, ingeniero, profesor del área

térmica en la Universidad de San Rafael, con el sentido amplio de estas palabras celebrantes, anunciaba al mundo esa mañana que en el barrio El Sosneado, a seis kilómetros del centro de San Rafael, Mendoza, en un contexto empobrecido, formado por familias jóvenes donde abunda el desempleo, con sus 150 alumnos, recibía la visita de un educador que había sido elegido, oficialmente, padrino de la institución".

Fue emocionante e inolvidable aquella mañana. Y siempre que pienso en ella, pienso en lo importante que resulta esta hermosa y compleja tarea que es la educación. Vosotros y vuestros profesores os dais cita todos los días en la escuela para conjurar la ignorancia, la injusticia, la pobreza y la opresión.

Recuerdo la visita que hice por las modestas y limpias instalaciones y aquel cartel que tanto me llamó la atención en la puerta del despacho de dirección: "Esta puerta está cerrada solo para que no se vuelen los papeles". Sabía que era así, que el despacho del director estaba siempre abierto para cualquier duda o cualquier problema.

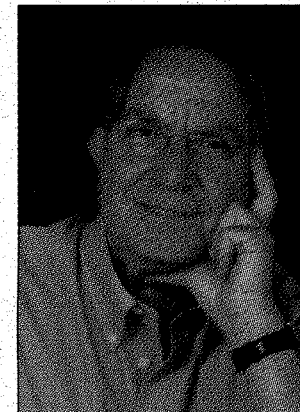
Recuerdo también vuestras manos agitando por las ventanas de la escuela cuando mi coche emprendía viaje hacia el aeropuerto de Mendoza: "Adiós, padrino". No sé si sabíais bien en qué consistía el padrino, ni siquiera quién era ese desconocido personaje que se había dirigido a vosotros en el sencillo acto que habíamos compartido. Yo tampoco tenía muy claras las funciones que no están

escritas en ningún reglamento, aunque intuía que tenían que ver con el asesoramiento, con la cercanía emocional y con la ayuda pedagógica. Porque el padrino pedagógico no es un mecenas que vuelca sus excedentes de dinero en la escuela para mejorar las instalaciones o comprar materiales, sino alguien que comparte la experiencia y propone la mejora.

No he vuelto a la escuela, pero también puedo decir que nunca he salido de ella. Algunas veces he enviado mensajes y hablado por teléfono. Por propia iniciativa o a petición de vuestro director, Horacio Muños. Él se fue y llegó como directora Carolina Mora, que fue quien me acogió el día del nombramiento.

Alguna vez, desde la dirección, se me pedía un mensaje para la comunidad. Y yo, por teléfono o por correo electrónico, me ponía en contacto con vosotros y con vosotras. Parecería que yo os animaba, pero lo cierto es que vosotros y vosotras me ayudabais a mí a seguir adelante, a mantener el entusiasmo, a continuar trabajando por la educación.

Conozco las dificultades económicas de vuestra zona y sé lo difícil que es hacerse un futuro en ella. Pero, si existe, pasa por la escuela N°4-195 en la que vosotros estáis estudiando. Y son vuestros profesores y profesoras quienes abren ese horizonte con un trabajo esforzado, inteligente y mal remunerado. Os pido para ellos el respeto y la obediencia que se merecen. También el cariño que necesitan para sentir que su trabajo no es inútil.



MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA  
Catedrático de Didáctica.  
Universidad de Málaga

Quiero pedir os que tengáis fe en vuestras posibilidades, que trabajéis con sacrificio cada día para saber más y que cultivéis aquellos valores que la escuela cultiva con tesón: solidaridad, honradez, la valentía, compasión, justicia y libertad.

Habrán errores, habrá limitaciones, habrá dificultades. Pero el valor de una persona se mide por la fuerza que hace falta para derribarla. Nadie os podrá detener si vosotros y vosotras tenéis el empeño de seguir adelante.

Os deseo lo mejor en la escuela porque es lo mismo que deseamos lo mejor en la vida. Hagamos entre todos una escuela mejor porque así estaremos construyendo una Argentina y un mundo mejores. Estamos en la escuela para aprender a pensar y a convivir. Para ser mejores personas y mejores ciudadanos y ciudadanas. Desde España os envío un gran abrazo a la espera de que podamos conversar tranquilamente a la sombra del árbol del paraíso que un día plantamos. Afectuosamente.